

Número 14

Mayo 1.º : 1906

REVISTA
DEL COLEGIO MAYOR
DE
NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Publicada bajo la dirección de la Consiliatura



Nova et vetera

BOGOTA

IMPRENTA ELÉCTRICA—168—CALLE 10

MCMVI

REVISTA

DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

José María de Heredia*

No entraba ciertamente en mis cálculos como probable que debiese yo algún día tomar la pluma, cual lo hago ahora, para anunciar y lamentar la muerte de José MARÍA DE HEREDIA, mi antiguo amigo, mi compañero de la juventud. No lo creía, porque era él cerca de tres años más joven que yo, porque siempre lo vi lleno de vida, robusto al parecer, satisfecho, con razón, de los favores que tan mercedamente había recibido de la fortuna. Es verdad que se quejaba en los últimos tiempos del régimen estricto de vida á que un padecimiento crónico del estómago lo tenía condenado, pero al hallarlo siempre tan conversador y tan afectuoso y tan activo, me figuraba que ese mismo género de vida arreglada sería razón más para creer que su existencia se dilataría y se prolongaría más allá de la cifra de los años del salmista. En Mayo último nos encontramos el día de la celebración del aniversario de la fundación de la República, á que concurrió como acto de presencia de quien había nacido en suelo cubano, y también, según cariñosamente me dijo, para tratar, á pesar de su sordera, de oír una que otra frase de mi conferencia. ¡Y viene ahora á sorprenderme la triste noticia de que ha sucumbido, lejos de los suyos, casi de repente, antes de cumplir sesenta y tres años, y que nunca más sentiré en las mías el contacto de aquella mano que tan cordialmente estrechaba la de sus amigos; que no volveré á oír aquella palabra apasionada, llena de sinceridad y comunicativo

* Este hermoso artículo fue leído por el Dr. Lincoln de Zayas en la velada que en honor de Heredia celebró el *A teneo* de la Habana.

CONTENIDO

DEL PRESENTE NUMERO

José María de Heredia.....	ENRIQUE PIÑEYRO
Lecturas sobre el arte de educar	R. M. CARRASQUILLA
Santo Tomás de Aquino ante la ciencia moderna...	FRANCISCO MARÍA RENJIFO
Segundo canto de guerra....	JOSÉ DE LA CRUZ HERRERA
Nuestra Señora del Rosario.	ROBERTO CORTÁZAR
Apuntes autobiográficos.....	JOSÉ MARÍA ORTEGA Y NARIÑO
Tívoli.....	P. M. R.
Crónica del Colegio.....	R. ESCOBAR ROA
Notas bibliográficas.	

ardor, á la que un ligero defecto en la emisión, venía de cuándo en cuándo á agregar algo de característico y original!

No puedo evitar que tome lo que escribo marcado acento personal, pues me persigue ahora, sin apartarse un instante de mi memoria, el recuerdo imborrable de los dos años de 1858 y 1859, que pasámos y vivimos juntos en la Habana, cuando lo condujo allí su madre desde Francia, y lo dejó con objeto de que se incorporase en la Universidad y aprendiese el castellano, lengua que nunca había sabido, pues desde muy niño lo llevaron de Santiago á educarse en París. Contaba entonces diez y seis años, pero representaba más edad; tenía ya la estatura, el erecto continente, la expresión dulce y reflexiva del rostro, que en todo tiempo lo distinguieron, y en que se reflejaba, por así decirlo, cuanto en él debía surgir, después de pasado el período bullidor de su tumultuosa y brillante adolescencia.

La primera vez que nos vimos fue en los altos de una casa de la calle del Prado, donde vivían varios artistas de la compañía de ópera italiana, principalmente la primadonna, Adelaida Cortesi y su marido, Servadío, director de la orquesta. Allí, en las noches que no había función en el Gran Teatro, se cantaba y se bailaba, y la alegría bulliciosa de José María, aficionadísimo entonces al baile, nos ponía de buen humor á todos, y nos reíamos hasta desfallecer de su español chapurrado, doblemente cómico por el tartamudeo y por la mezcla de mal italiano con que intentaba disimularlo. Vivía él en un cuarto interior de una gran juguetería llamada *La Iberia*, que estaba en la calle del Obispo, y yo á dos pasos, en la calle de Compostela. Volvimos juntos á pie, desde la primera noche, á nuestras respectivas moradas, y de ahí en adelante con suma frecuencia nos reuníamos, admirando yo golosamente el estante lleno de libros franceses modernos que había traído de París, que me franqueaba generosamente, y que para mí, no sobrado de bienes de fortuna, eran un gran

recurso, pues en las librerías cargaban un escudo de oro español, esto es, más de dos pesos, el volumen que en Francia se vendía por tres pesetas y media.

Ya desde esa época adivinábase fácilmente en él, veíase como despuntar el futuro literato, el poeta cultísimo, y fue él—nunca lo he olvidado,—quien me enseñó á comprender, á sentir la poesía adorable de las *Bucólicas* y de ciertos fragmentos de Andrés Chénier, que me recitaba y comentaba muy á menudo. Naturalmente no era posible imaginar ó descubrir en aquel muchacho de diez y siete años el poeta de los admirables *Trofeos*; pero no podíamos menos de observar y admirar, los que teníamos el gusto de tratarlo, el fondo sólido de educación literaria, clásica y francesa que existía ya en él. Yo solía decirle, con toda seriedad, que su nombre era un decreto del destino, ordenándole dedicarse al cultivo de la poesía francesa, y en ella esforzarse por brillar, tanto ó más de lo que su primo hermano y homónimo había brillado en la poesía hispano-americana, pues le llevaba la inmensa ventaja de una instrucción ya de primer orden; y que si el llegar á escribir versos buenos en francés, leídos por consiguiente en el mundo entero, era empresa alta y difícil, no debía ser imposible para quien ya reunía tantos elementos. Cuán cumplidamente realizó mi profecía, en medio de qué unánimes aplausos llegó triunfalmente hasta sentarse, á título de gran poeta, en un sillón de la Academia Francesa, es demasiado sabido y no hay necesidad de repetirlo ahora. En Cuba, es claro, se tendrá siempre muy presente que fue cubano el primero de nuestra raza y nuestro idioma á quien se otorgó en Francia ese apetecido honor, y no se olvidará que, gracias á él, el nombre de la entonces desvalida y pisoteada colonia resonó una y otra vez en el coro universal de elogios con que el mundo civilizado victoreó el triunfo del autor de los espléndidos *Trofeos*.

Por considerarlo mi deber de antiguo camarada y constante admirador, fui de los primeros que saludaron la

publicación del hermoso volumen, en que por primera vez se reunieron las poesías de nuestro eminente compatriota. En las *Hojas Literarias* de Manuel Sanguily; medio oculto detrás de la iniciales de un antiguo seudónimo, bosquejé al mismo tiempo, inicié, mejor dicho, un breve paralelo entre los dos grandes poetas de la misma familia, los dos Heredias, que escribieron en condiciones tan distintas, en terrenos tan diferentes, con éxito en vida tan radicalmente diverso, pues la poesía llevó al uno hasta la apoteosis en una gran capital de la civilización, y dejó morir al otro, solitario y obscuro, en un rincón de su destierro. No es hoy, no es ahora, ocasión propicia de continuar el paralelo, de buscar y extraer de sus vidas y sus escritos lo que por herencia de antemano los asemeja, lo que por acción del medio y el momento, forzosamente ha acabado en suma por hacerlos tan desemejantes. Sería quizá interesante, pero de seguro inoportuno. Es hora únicamente de sentir, de llorar. Mas no puedo dejar de recordar, al poner punto final á este triste mensaje, que, por medio de las columnas de *El Figaro*, envió á la patria común, que si en las horas, demasiado breves, demasiado amargas, que precedieron á su muerte, le fue dado recorrer con su memoria el espacio de vida que tan brillantemente había llenado, en que tan noblemente había empleado las prendas de su carácter, los dones de su talento de exquisito y admirable artista, debió también dolerle mucho el desaparecer en pleno vigor de sus facultades, cuando se deleitaba esperando ver salir definitivamente de las prensas la erudita y enteramente nueva edición de poesías de Chénier, que, sobre los manuscritos mismos del gran poeta, nunca antes bien descifrados, había estado preparando en estos últimos tres ó cuatro años, cuyo elegante prefacio me leyó en la última visita que le hice en su gabinete de la Biblioteca del Arsenal, y que había por fin llevado á término con amoroso entusiasmo.

París, Octubre 7: 1905.

ENRIQUE PIÑEYRO